



Y. T. de Jesús
—
TRABAJOS
de Jesús

BT303

.2

T6

c.1

008929



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080021134

lt
#160

TRABAJOS DE JESÚS

COMPUESTOS POR EL

VENERABLE PADRE FRAY TOMÉ DE JESÚS

DEL ORDEN DE SAN AGUSTÍN

ESTANDO CAUTIVO EN BERBERÍA

—(C)—

DÉCIMA TERCERA EDICIÓN

CORREGIDA POR UN RELIGIOSO DE LA MISMA ORDEN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



CON LICENCIA ECLESIASTICA

MODERNA
LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALDEJO S. e C.
SAN JUAN DE LOS RIOS, 244.
MEXICO.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

MADRID

ADMINISTRACIÓN DEL "APOSTOLADO DE LA PRENSA,
Plaza de Santo Domingo, 14, bajo.

1902

45506

EL VENERABLE TOMÉ DE JESÚS

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EL VENERABLE TOMÉ DE JESÚS

Si hay autores que dejan estampado todo su ser en una obra, juzgo que la mejor biografía y el retrato más propio del venerable siervo de Dios Fr. Tomé de Jesús, quedaron hechos por él mismo en este libro, verdaderamente incomparable, de los TRABAJOS DE JESÚS, joya de la literatura portuguesa, reflejo del alma nobilísima y del corazón enamorado de su autor, trasunto de ternura y delicadeza místicas, aliento y respiración de un pecho encendido con las brasas arrojadas desde las alturas de la divinidad.

Corría el año del Señor mil quinientos setenta y ocho, de aciaga y triste recordación en los anales portugueses. El joven y ardoroso rey D. Sebastián, desoyendo los consejos de la prudencia personificada en su tío D. Felipe II, se precipita á la temeraria empresa de llevar sus armas á las costas berberiscas con el empeño quijotesco de poner en el trono de Marruecos al despojado Muley Muhamad, y conseguir de paso algunas plazas importantes del lado allá del Estrecho.

Aunque á remolque, tras él llevó el desventurado rey la flor y nata de sus heroicos y aguerridos hijos, del pueblo, del clero y la nobleza, para presenciar en los llanos extensos de Alcázar-Qhibir la lucha más desigual, el desastre y rota más espantosos, y una muerte sin gloria de aquel rey y de aquel ejército, cuyo valor era digno, ciertamente, de causa más noble y grande.

En aquellos campos de muerte y desolación destacábase la

austera y demacrada figura del ilustre Agustino Fr. Tomé de Jesús; ilustre, digo, más que por la azulada sangre, como hermano que era de la marquesa de Linares, por la nobleza y realeza de su espíritu. Sacado por el rey, con otros hermanos suyos de hábito, de las soledades del convento al ruido y estruendo de la guerra, para animar el esfuerzo de los cristianos combatientes, vióse á Fr. Tomé de Jesús entre las avanzadas de la lucha con el crucifijo en la mano, y en los labios la palabra ardiente y conmovedora, alentando á los guerreros y recogiendo el último suspiro de los moribundos; hasta quedar prisionero de aquellas hordas victoriosas y ser aherrojado en las oscuras prisiones de las cárceles de Berbería, más duras y terribles que la misma muerte, pero que él convirtió en paraiso anticipado.

Allí precisamente permitió Dios que se labrase la corona de santidad de su siervo. Las amarguras que hubo de devorar en aquellas prisiones, no son para contadas. Más aún que los propios padecimientos, minaban y torturaban su espíritu las noticias frecuentes que le llegaban de que muchos cristianos, por librarse de las cadenas y malos tratos de los berberiscos, renegaban de la religión católica. Y esto sirvió para que resplandeciese en grado heroico la caridad del fervoroso Agustino; pues las cuantiosas sumas que para redimirle de su cautiverio remitían al Africa su acaudalada hermana la marquesa de Linares y el propio rey Felipe II, empleábanlas en seguida Fr. Tomé de Jesús en rescatar á aquellos de sus compatriotas que en mayor peligro estaban de perderse; mientras él permanecía sereno y tranquilo en la oscura mazmorra á que le habían reducido, y donde, á falta de otra luz, fué extraordinariamente su espíritu iluminado por la luz del cielo para escribir este incomparable tratado de los TRABAJOS DE JESÚS, el mayor consuelo que podía llevar al ánimo de sus compañeros de tribulación en la gran calamidad á que Dios les sometía.

Dedicó su obra á la nación portuguesa. Y en la carta eloquentísima que en algunas ediciones suele ir al frente, dice de sí mismo el angelical prisionero: «Haciéndome Dios del número de estos sus hijos atribulados, y puesto solo en oscura prisión, ora con hierros, ora sin ellos, con los males anejos al estado de cautivo; sabiendo cuánta mayor es mi flaqueza que la

de todos los otros; así como sin merecimientos de mi parte me ha hecho merced de estos trabajos, así solamente por su bondad me inspiró que el tiempo pasado en ellos lo empleara en recopilar los *Trabajos de Jesús*, que podrían serme alivio cierto en mis muchas aflicciones. Comencé esta obra procurando, con industria y mucho secreto, hacerme con papel y tinta; y tuve que escribir las más de las veces sin otra luz que la que entraba con dificultad por las grietas y rendijas de la puerta, por los agujeros y huecos de las paredes. Para esto hurtaba el tiempo y los aparejos más necesarios, con el fin de que no me viesen; pero la gracia daba abundante, á mis ciegos ojos interiores, una divina luz que yo estaba lejos de merecer. Cuidé, al principio, de hacer una muy breve recopilación de los trabajos del Señor; y confieso á su bondad, que no sabía por dónde comenzar, por dónde continuar y cómo concluir. Mas yendo escribiendo, y llevado no de mi caudal, sino de su mano acostumbrada á guiar las ovejas perdidas, me hallé al cabo con estos dos volúmenes que encierran la historia de sus trabajos, consideraciones, ejercicios y doctrinas que sobre tal materia El se dignó inspirarme, sin ayuda de libros ni costumbre de escribir...»

Y así salió este libro: como inspirado por Dios, inagotable y perenne manantial de toda enseñanza buena.

Porque difícilmente podrá hallarse en el río de oro de nuestra literatura clásica, de nuestra mística semi-divina, obra que de igual modo refleje los enardecidos afectos, ímpetus, éxtasis y arrebatos del amor, y los altos y profundos y siempre sublimes pensamientos, y la insaciable ansiedad y comozón del alma que suspira y se desvive por asemejarse á su eterno modelo Jesucristo, en las estrecheces, apreturas, congojas, tormentos..., y en todos los calvarios más ásperos é inaguantables de este mundo.

¡Extraña, pero hermosa y notable coincidencia! Casi al mismo tiempo, ó con pequeños intervalos, del desastre y rota de Alcázar-Qhivir, que sirvió al venerable Tomé para abrillantar con este diamante la literatura lusitana, gemela de la española, afilaban sus plumas dos varones no menos ilustres, Fr. Luis de León y el P. Rivadeneyra, autores inmortales de otras dos obras que llevan el mismo sello de ingénita grandeza. Si el cautiverio de Berbería fué ocasión de

que el mundo admirase la ternura incomparable de Os' TRABAJOS DE JESUS, allá en las cárceles inquisitoriales de Valladolid germinó fecundísima la idea de *Los Nombres de Cristo*; y la pérdida de la «Armada invencible» fué motivo solemne del *Tratado de la Tribulación*: libros que enjugaron muchas lágrimas y hoy forman nuestras delicias. Diríase que aquella verdadera raza de gigantes avivaba su ingenio y robustecía su fe con los peligros y tribulaciones, con las hieles y acibarres del dolor.

Del aprecio y estima en que todas las naciones europeas han tenido esta obra, son testimonio elocuente sus traducciones y numerosas ediciones. Pues sin contar con las hechas en Portugal (1), se ha vertido muchas veces al italiano, francés, alemán, inglés y latín, en prosa y verso (2).

Pero en ninguna parte ha circulado más que en España, como lo prueban sus doce ediciones. La tradujo por primera vez al castellano Cristóbal Ferreira Sampayo, y se imprimió en Zaragoza el año 1624. A pesar de que es una traducción pésima y detestable, como ya advirtió el P. Flórez, y yo he tenido ocasión de comprobar ante la edición de Madrid de 1781, aún se hicieron de ella cinco ediciones; hasta que el eximio P. Flórez puso su mano hábil en el original, haciéndole hablar en español sin esfuerzo de ninguna clase, y mejorándolo con frecuencia.

De esta traducción del P. Flórez se han hecho siete ediciones, incluyendo la última, bastante descuidada; de la imprenta Peninsular de Barcelona, año 1881.

Todas, sin embargo, se han agotado por completo; siendo casi imposible topar con ejemplar alguno ni en las librerías de viejo.

¿Por ventura será menos afortunada esta correcta y esmeradísima edición que el *Apostolado de la Prensa* se ha dignado llevar á cabo para satisfacer los vivos deseos de tantas almas que solicitan nutrirse con esta doctrina que parece bajada de los cielos?...

(1) Yo he tenido ante la vista la edición quinta, muy correcta, del año 1865, con la cual he confrontado la traducción presente, hecha por el insigne P. Flórez.

(2) Puede consultarse para esto la *Bibliografía de Escritores Agustinos* del Rvdo. P. Bonifacio Moral.

Si en otras épocas, no tan aciagas como la presente, la lectura de esta obra formó las delicias de las almas atribuladas; podemos presumir que ahora, cuando el fantasma tétrico del dolor invade todos los espíritus, servirá también para levantarlos de su decaimiento, y vigorizarlos en la lucha contra todos los enemigos visibles é invisibles. Pues no puede proporcionarse, á todo el que padece, mejor modelo, consuelo y lenitivo que Jesucristo padeciendo inocente por el hombre; señalando al cual, y enumerando sus prolijos *Trabajos*, parecía decir el inmortal autor de este libro: *Inspice et fac secundum exemplar quod tibi monstratum est*: mira, contempla y procura acomodarte en todas tus aficciones al modelo perfectísimo, al varón de dolores y sabedor de enfermedades, que aquí te pongo ante los ojos del alma.

P. MIGUÉLEZ.

